

tentes para poner en fuga á las legiones infernales, para hacer inútiles todos sus esfuerzos, y para atraer sobre nosotros en aquel tránsito tan peligroso las gracias y auxilios del cielo que tanto necesitamos. ¡Qué piedad no debemos tener con la adorable Trinidad! ¡con cuanta frecuencia debemos invocarla! ¡y cual debe ser el culto que la demos! ¡Ah, Señor, esclama el sacerdote pidiendo por un moribundo, Dios vivo! Verdad es que imploré vuestra clemencia en favor de un pecador; pero vos sabéis, Dios de misericordia, que por mas pecador que sea, ha confesado vuestra augusta Trinidad; ha reconocido el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, y se ha interesado en la gloria de estas tres divinas personas. ¡Qué consuelo entonces para un moribundo el haber confesado, adorado, amado esta Trinidad adorable!

Yo tengo, Señor, un verdadero sentimiento de haber tenido hasta aquí tan poca devoción, tan poco zelo por este gran misterio: mi culto, mi confianza y mi amor, con el auxilio de vuestra gracia, van á ser de hoy mas la prueba de mi fe.

JACULATORIAS. — Gloria al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo. (*La Iglesia.*)

Bendigamos sin cesar al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo. (*Ibid.*)

PROPOSITOS.

1 No hay costumbre mas santa ni mas religiosa que la de poner al frente de todas nuestras obras esta augusta profesion de fe: en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, haciendo sobre nosotros la señal de la cruz, para no emprender ni ejecutar nada que no sea en virtud de estos dos grandes misterios sobre los cuales gira toda nuestra religion, la santísima Trinidad y en seguida la Redención, por la Encarnación del Verbo; práctica que se nos ha trasmitido de los apóstoles, cuya tradición es constante, y de la que ninguno de los fieles se ha dispensado jamás. ¡Con qué espíritu de religion, con qué devoción y qué respeto debe guardarse esta santa práctica! ¡qué falta es el no observarla sino con indiferencia y aun el descuidarla! No hay acto de religion que sea mas ordinario; pero tampoco ninguno ordinariamente mas irreligiosamente observado. Diríase muchas veces que se hace la señal de la cruz por irrisión. Un gesto irregular de la mano, puramente de moda, es en lo que ha degenerado el día de hoy una práctica

tan santa y tan religiosa. Llorad en la presencia de Dios si sois culpables de esta irreligion, y resolveos á no hacer jamás la señal de la cruz sino con respeto, ni pronunciar jamás los nombres sagrados de las tres divinas personas sino con una devoción respetuosa que sea una prueba de vuestra religion y de vuestra fe.

2 Tened una tierna y constante devoción á la santísima Trinidad. No ceseis, á ejemplo de la Iglesia, de repetir este sagrado versículo: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; porque no podemos decir cosa alguna que le sea mas agradable á Dios, ni otra que sea mas á propósito para ganarle el corazón, que esta afectuosa plegaria que tiene mas virtud y fortaleza, por decirlo así, para santificarnos que todas las demás. S. Simeon Stylita en su columna no tenia otro ejercicio mas continuo que este. Si todas las veces que hemos pronunciado estas venerables palabras: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, lo hubiésemos hecho con el mismo respeto y la misma devoción que aquel santo anacoreta, ¡cuantos méritos hubiéramos adquirido delante de Dios! No descuideis, pues, esta santa práctica. No pronuncieis jamás los nombres de estas adorables personas sino con un religioso respeto, y cuantas veces hicieris la señal de la cruz hacedla con atención. Y puesto que este acto de religion es nuestra profesion de fe, ¿deberá hacerse sin reverencia?

LA FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO,

COMUNMENTE LLAMADA

LA FIESTA DE DIOS;

Ó SOLEMNÍSIMA FESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI.

LA festividad del Santísimo Sacramento del altar ó de la Eucaristía, no solo es la mas brillante, la mas pomposa y una de las mas célebres entre todas las solemnidades, sino que tambien es la mas antigua y la primera de todas las fiestas de la Iglesia. Todas las demás, al menos las mas solemnes, son de institucion apostólica; mas esta ha sido instituida por el mismo Jesucristo en la última cena la víspera de su pasión. Su institucion es la

misma que la del divino sacrificio, y puede decirse que el precepto que intimó el Salvador á sus apóstoles y en su persona á toda la Iglesia de que hiciesen en memoria suya lo que él acababa de hacer, ha hecho la fiesta de la cena del Señor y del Santísimo Sacramento tan antigua como la misma Iglesia. Por ella ha comenzado la Iglesia; su nacimiento data en la institucion y la celebracion de este divino sacrificio, de donde ha seguido la comunion de los fieles, reunidos para la fraccion del pan ó la sunccion del cuerpo de Jesucristo y para la oracion. Sin sacrificio no hay religion, no hay Iglesia. Puede tambien decirse que la fiesta de la Eucaristia ha sido perpetua en la Iglesia, lo mismo que la de la santísima Trinidad, y que no ha habido dia en que no se la haya celebrado. Porque así como la santísima Trinidad es el objeto esencial y primitivo de nuestro culto en todas las solemnidades de nuestra religion, así tambien la Eucaristia es el sacrificio perpetuo y el culto mas santo que se da á Dios en todas las fiestas. Y esta es la razon por qué se ha tardado tanto tiempo en establecer en la Iglesia una fiesta particular para celebrar estos dos grandes misterios, habiendo sido todos los dias del año la fiesta de la santísima Trinidad que se adoraba, y la de la divina Eucaristia por la cual se la adora.

De aquí es que en los primeros dias de la Iglesia, todos los dias del año, dicen los Padres, eran considerados por los fieles como dias de fiesta, pues que todos comulgaban en ellos; y por tanto, segun Tertuliano, S. Crisóstomo y S. Isidoro, todos los dias se han llamado ferias en la Iglesia. S. Justino dice que en todas las fiestas de los primeros cristianos cuasi toda la solemnidad consistia en la celebracion de la misa y en la comunion; cada dia era una fiesta, y no habia fiesta, por decirlo así, que no fuese la fiesta del Santísimo Sacramento. El divino sacrificio que se ofrecia hacia entonces, como lo hace todavia hoy, el fondo y como la principal celebracion de todas las fiestas. Celébrese la fiesta de los mártires ó de los otros santos, dice S. Crisóstomo, celébrese cualquiera otra fiesta, el viernes, el sábado ó el domingo, siempre es el mismo sacrificio el que se ofrece, siempre es la misma victima sagrada la que se inmola, siempre es el divino sacrificio el que hace la principal solemnidad del dia. Distingúense á la verdad, añade este Padre, las grandes fiestas por la magnificencia y la riqueza de los ornamentos con que en ellos están decoradas nuestras iglesias, y por la multitud extraordinaria del pueblo que se reune en ellas con regocijo; pero en el fondo lo que hace toda su celebracion, su dignidad, su regocijo, es el divino sacrificio que se ofrece en ellas. El Santísimo Sacramento del altar es

el tesoro que se llamaba en la primitiva Iglesia el soberano bien de la vida presente, en quien encontramos todos los bienes; y como la posesion del soberano bien es lo que hace en el cielo una fiesta eterna, así tambien la posesion de la adorable Eucaristia hace en la tierra una fiesta continua de todos los dias.

Haced esto en memoria de mí, dice Jesucristo. Este sacramento no solo debe recordarnos la memoria de la muerte del Salvador, sino tambien de todos los demás misterios de su vida. Con este espíritu la Iglesia despues de estas palabras del cánon de la misa: *Cuántas veces hicieréis esto, lo hareis en memoria de mí*; añade: *Por lo que acordándonos, Señor, de vuestra passion, de vuestra resurreccion, igualmente que de vuestra gloriosa ascension, etc.*

No hay misterio alguno de Jesucristo de que no sea representacion y memoria el Santísimo Sacramento, ni tampoco hay alguno que no se celebre dignamente por la divina Eucaristia en el sacrificio de la misa. ¿Qué solemnidad hay en la Iglesia que no sea, por decirlo así, la fiesta del Santísimo Sacramento? y ciertamente puede decirse que ofrecer el divino sacrificio es celebrar su fiesta, puesto que es celebrar solemnemente la memoria de su institucion, y hacer en memoria de Jesucristo lo que él mismo hizo en su última cena. El divino sacrificio es lo mas respetable, lo mas santo, lo mas solemne de todas las fiestas. Todas ellas, dice S. Juan Crisóstomo, son la fiesta de este divino sacrificio. De suerte que la misma razon que por tanto tiempo habia impedido que se celebrase en la Iglesia una fiesta particular en honor de la santísima Trinidad, habia impedido tambien, como ya se ha dicho, que se celebrase una en particular en honor de la adorable Eucaristia; hasta que por fin la divina Providencia, previendo sin duda que en los últimos tiempos se levantarían sectas impías que combatirían y aun profanarían con todo género de impiedades este divino misterio, inspiró á la Iglesia que aumentase su solemnidad por medio de una fiesta particular, y por una octava de las mas solemnes. Véase la historia de su institucion.

La bienaventurada Juliana, priora de Monte-Cornillon, cerca de Lieja, fué el instrumento de que Dios se sirvió para suscitar las primeras ideas de esta nueva solemnidad. Esta santa religiosa habia nacido el año de 1193 en la aldea de Retines, en el distrito de la ciudad de Lieja, de padres muy ricos, á quienes perdió á la edad de cinco años. Habiéndosela llevado desde entonces su tutor á Monte-Cornillon, la puso á pension con ciertas religiosas que cuidaban del hospital que acababa de edificar-

se al pié de la montaña. Esta alma inocente, prevenida casi desde la cuna por las mas dulces bendiciones del Señor, hizo en poco tiempo tan grandes progresos en la virtud, que llegó á ser la admiracion de su siglo. Era difícil encontrar una humildad mas profunda con un mérito tan raro; ni una inocencia mas perfecta con las austeridades mas rigurosas. El amor del retiro y de la vida oscura fué siempre su pasion dominante, y las comunicaciones íntimas que tenia con Dios en la oracion, la proporcionaban todos los dias los mayores contentos: parecia haber nacido con ella la ternura hácia la santísima Virgen; pero su virtud favorita, y que formó siempre su carácter distintivo, fué una devoción estraordinaria al Santísimo Sacramento. El sacrificio de la misa abrasaba de tal modo su corazon en el fuego del divino amor, y hacia una impresion tan viva en su espíritu, que jamás asistia á él que no permaneciese todo el tiempo que duraba en una especie de éstasis. Cada comunión era para ella un nuevo banquete del divino Esposo, y las lágrimas que allí derramaba manifestaban bien que gustaba una fruicion anticipada de los gozos celestiales. Meditaba incesantemente sobre esta prenda inestimable que Jesucristo ha dejado en la tierra por el amor inmenso que nos tiene, y no podia comprender como los cristianos, poseyendo este tesoro, pudiesen amar alguna otra cosa. Hubiera ella querido que todas las riquezas del mundo se hubiesen empleado para adornar nuestras iglesias y para enriquecer el altar santo, cuya magnificencia deberia oscurecer los tronos mas preciosos de los mayores principes. Estaba ella ocupada en unos sentimientos tan justos y tan religiosos, cuando tuvo una vision que no comprendia, y que no dejó de inquietarla. Vió la luna en su lleno, en la cual se advertia una brecha. La Escritura santa tanto en el viejo como en el nuevo Testamento nos ofrece muchos ejemplos de estas imágenes enigmáticas, en las que, acomodándose Dios á nuestro modo de pensar, nos descubre un sentido espiritual y misterioso bajo de alguna cosa material y sensible. No comprendiendo la piadosa Juliana lo que significaba esta vision, creyó que era una ilusion del demonio que queria distraerla de la oracion. Nada omitió para librarse de ella; oracion, lágrimas, austeridades, ninguna cosa pudo hacer que esta imagen desapareciese de su vista. Nunca se ponía en oracion que no volviese á presentarse la vision. Ninguno de sus directores hubo que acertase á interpretársela. Todo su recurso fué la oracion. En ella, por fin, la dió Dios á entender que la luna significaba la Iglesia, y que la brecha indicaba la falta de una fiesta particular del Santísimo Sacramento que en el tiempo

presente necesitaba para la perfeccion de la disciplina, y para el buen orden, por decirlo así, de la misma Iglesia. Revelóla Dios al mismo tiempo que la habia escogido para que solicitase con los ministros de la Iglesia la institucion de esta fiesta particular y solemne del Santísimo Sacramento, cuyo fin era honrar la divina Eucaristía con un culto mas solemne, y reparar en alguna manera por medio de esta pública celebridad las irreverencias y la falta de respeto á este adorable misterio. Asustóla esta comision, y aunque no podia dudar que la revelacion venia de Dios, su profunda humildad la hacia sin embargo rezelar. Permaneció todavia cerca de veinte años en silencio, tratando de suplir con el aumento de su devocion á la adorable Eucaristía, lo que la Iglesia no habia aun establecido.

Habiendo, pues, sido elegida en el año de 1230 priora de la casa de Monte-Cornillon, se sintió interiormente escitada con mas viveza á declararse sobre este asunto; y temiendo resistir á la voluntad de Dios que tan claramente se la habia manifestado, se franqueó en fin particularmente á un canónigo de S. Martin de Lieja, el cual estaba tenido en gran reputacion de santidad, y en quien ella tenia mucha confianza. Despues de haberle declarado lo que ella creia que Dios le habia dado á conocer en orden á la institucion de una fiesta particular en honor de la adorable Eucaristía, le rogó que trabajase con todo zelo de acuerdo con las autoridades eclesiásticas, religiosos y teólogos, acerca de un establecimiento que debia ser tan glorioso á Jesucristo y tan ventajoso á la Iglesia. Encargóse con gusto de la comision el santo canónigo, y la ejecutó con un éxito maravilloso. Uno por uno aprobaron todos y aplaudieron un designio tan conforme al espíritu de la Iglesia. Los que se mostraron mas zelosos en favor de esta institucion fueron los frailes predicadores de Lieja, y su prior Fr. Hugo, llamado de Santo-Amor, que fué despues cardenal; Guido de Leon, obispo de Cambray, y el arcediano de la iglesia de Lieja Santiago Pantaleon de Troyes, que fué despues obispo de Verdun, patriarca de Jerusalem, y en fin, papa con el nombre de Urbano IV. La bienaventurada Juliana tuvo muy pronto el consuelo de ver establecida esta fiesta en toda la diócesis de Lieja en virtud de un mandamiento ó decreto del obispo Roberto dado el año de 1246, y celebrada con una solemnidad y devocion estraordinaria. No obstante hasta el año de 1262 no llegó á ser esta gran festividad una de las primeras solemnidades de toda la Iglesia.

El papa Urbano IV que siendo todavia arcediano de la iglesia de Lieja habia aprobado mucho la institucion de esta fiesta, como

hemos dicho, no bien se vió elevado al soberano pontificado, cuando pensó en hacerla una fiesta de precepto. Las sollicitaciones de muchos grandes prelados y las súplicas urgentes de una santa reclusa llamada Eva, que habia sobrevivido á la bienaventurada Juliana, su amiga, y que no era menos favorecida que ella de los dones del cielo, inclinaron al papa á que hiciese este establecimiento; pero las turbulencias de la Italia, y las necesidades todavía mas urgentes de la Iglesia, retardaban de dia en dia la ejecución, cuando un prodigio, dice S. Antonino, acaecido en Bol-sena en la diócesis de Orbieto, determinó al papa á espedir la bula. El prodigio consistió en un corporal que quedó todo ensangrentado con la sangre de Jesucristo por algunas gotas que habian caído en él de un cáliz, por descuido de un sacerdote que decia misa en la iglesia de Santa Cristina. La bula fué espedida el año de 1262, y comienza por estas palabras: *Transiturus de hoc mundo ad Patrem Salvator noster Dominus Jesus Christus.* Desde el principio da en ella el papa una idea sublime del amor inmenso que el Salvador nos testifica en este divino Sacramento, y de los bienes infinitos que están encerrados en la sagrada Eucaristia. Despues de habérnoslo dado todo Jesucristo, dice, se da á sí mismo. *¡O inimaginable liberalidad,* esclama, *en la que el don que se nos da, es la persona misma del que nos lo da! ¿Puede ir mas allá la liberalidad, cuando despues de habernos dado todo lo que tiene, se da á sí mismo? Jesucristo se hace nuestro alimento, á fin de que así como el hombre se habia procurado la muerte comiendo del fruto prohibido, el mismo hombre se procurase la bienaventurada inmortalidad comiendo este pan de vida. Aunque se celebre todos los dias la fiesta del Santísimo Sacramento, dice este gran papa, ofreciendo el divino sacrificio, nos parece muy á propósito el asignar un dia cada año, consagrado muy particularmente por una de las fiestas mas solemnes, aun cuando no fuese mas que para confundir la abominable impiedad y la extrema locura de los herejes de estos últimos tiempos. A la verdad, continúa el mismo papa, la Iglesia celebra esta fiesta con solemnidad en el Jueves santo, que es el dia en que Jesucristo instituyó este divino Sacramento; pero está entonces tan ocupada en llorar la muerte del Salvador, y en tantas otras ceremonias sagradas, que no puede atender con la intension debida á la solemnidad de este divino misterio, la cual debe celebrarse con una alegría santa, y una pompa del todo extraordinaria, para de este modo hacer sentir mas la gloria y la dicha que tenemos de poseer el cuerpo vivo de Jesucristo, nuestro Salvador y nuestro Dios. Y si la conmemoracion que hace-*

mos todos los dias de muchos santos, ya en la misa, ya en las letanias, no impide que la Iglesia les asigne un dia en el año para celebrar su fiesta particular con mas solemnidad, con mayor razon debe hacerse esto con el misterio mas augusto y mas grande de nuestra religion que es la adorable Eucaristia: á fin, añade, de que todos los fieles traten en esta fiesta particular, en esta solemnidad extraordinaria, de reparar con su devocion y con su culto su negligencia, su falla de reconocimiento y de respeto, y sus irreverencias á este divino misterio. Nos, no podemos dejar de tener presente lo que el Señor ha revelado á personas de virtud eminente, esto es, quanto interés tiene en que esta fiesta se celebre universalmente en toda la Iglesia, de lo cual hemos sido instruidos antes que fuésemos elevado á la suprema dignidad en que la misericordia de Dios nos ha colocado. Así que para avivar mas la fe de los fieles y hacerla mas brillante acerca de este augusta Sacramento, además del honor que todos los dias se le tributa, mandamos que todos los años se celebre una fiesta particular con toda la celebridad posible, y con toda la pompa y magnificencia que es debida al sagrado cuerpo de Jesucristo, en quien reside sustancialmente toda la divinidad; designando para esta augusta solemnidad el jueves despues de la octava de Pentecostes, á fin de que en aquel dia se apresuren á porfia el clero y el pueblo á dar muestras nada equivoacas de su fe viva y de su tierna devocion al Santísimo Sacramento, por medio de un culto publico mas religioso, y de cánticos de alabanzas; exhortando en seguida á todos los prelados y al clero, á quienes se dirige la bula, á que celebren todos los años esta fiesta con toda magnificencia y dignidad: recomiéndales este gran pontifice, que exhorten á los fieles desde el domingo precedente á que se preparen con todo género de buenas obras para esta insigne solemnidad; y sobre todo, á que se pongán en estado de comulgar dignamente el dia de la fiesta. Por lo que hace á Nos, añade, no queriendo omitir nada para escitar á todos los fieles con dones espirituales á que celebren esta gran fiesta con todo el zelo y fervor que pide este Dios oculto, concedemos á todos los que verdaderamente contritos y confesados asistieren á las primeras visperas de la fiesta, á maitines, á misa y á las segundas visperas, cien años de indulgencia por cada vez, y cuarenta años por cada una de las horas menores; y cien dias de indulgencia á todos los que asistieren á visperas, á maitines, y á la misa y á las horas menores del oficio divino durante la octava.

El papa Clemente V confirmó solemnemente en el concilio de Viena, celebrado el año de 1311, la bula de Institucion que el

papa Urbano IV habia espedido; el papa Juan XXII hizo lo mismo cinco años despues, y desde entonces esta fiesta se celebró con mas solemnidad aun en toda la Iglesia universal. Sto. Tomás de Aquino, admiracion de todo el mundo cristiano, y una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia, fué quien compuso el oficio, el qual está mirado como uno de los mas devotos, de los mas concluidos y de los mas bellos que tenemos, tanto por la energia de las espresiones, como por la doctrina de todo el misterio eucarístico.

Lo que da todavía mayor brillantez á esta fiesta, y lo que la distingue aun de todas las demás, es la procesion solemne en la que el cuerpo de Jesucristo es conducido en triunfo por las calles con grande aparato y con una magnífica y religiosa pompa. Muchos atribuyen esta institucion al papa Juan XXII, no porque no se llevase ya en procesion el Santísimo Sacramento desde el siglo XI; pero apenas se hacia esto mas que el domingo de Ramos para honrar el humilde triunfo de la entrada de Jesucristo en Jerusalem, y aun entonces se llevaba encerrado en una caja ó especie de sepulcro. La procesion que se hace en este dia con tanta pompa y solemnidad es una parte principal de esta gran festividad. Llévase en ella en triunfo á Jesucristo, realmente presente en la adorable Eucaristía, pretendiendo la Iglesia por este grandioso triunfo celebrar el que Jesucristo ha hecho conseguir á su Iglesia sobre los enemigos de este misterio; y reparar en alguna manera los ultrajes ignominiosos que se le hicieron en las calles de Jerusalem, y los que recibe aun todos los dias de parte de los malos cristianos en las iglesias. Los errores impíos de Berengario, arcediano de Angers, acerca de la realidad del cuerpo de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, fueron sin duda uno de los motivos de esta institucion; y por esto se hace esta procesion con tanta magnificencia y solemnidad en Angers, en donde Berengario, primer autor de esta herejia, habia enseñado sus errores á principios del siglo XI. La traslacion del Arca desde Cariathiarim á la casa de Obbedon, y desde allí luego á Jerusalem, hecha con tanta pompa y solemnidad, á la cual asistió el rey David, seguido de un numeroso pueblo, era la figura de la procesion solemne que la Iglesia hace en este dia llevando el Santísimo Sacramento; y de la alegría cristiana que acompaña esta fiesta. Ninguna, en efecto, hay en todo el año que se celebre con tanta pompa y solemnidad; ninguna tampoco en que la fe y la piedad de los cristianos deban brillar mas. Es esta el triunfo de Jesucristo y el de la religion; es el triunfo de la Iglesia. El Santísimo Sacramento del altar es el fin de todos los de-

mas; el medio mas seguro y mas eficaz para llegar á la perfeccion; una fuente fecunda de los dones del cielo; el gaje y como un gusto anticipado de la felicidad de los bienaventurados; el germen de la inmortalidad; el mas ilustre testimonio del amor de Jesucristo; el compendio, por decirlo así, de toda la religion, y el tesoro de la Iglesia.

Nuestra religion no tiene cosa mas santa ni mas divina, el mismo Dios no podria hacer nada mas grande ni mas respetable que este augusto Sacramento, que el sacrificio de la misa. Institucion divina, oblacion santa, victima de un precio infinito, inmolation del cuerpo y de la sangre adorable del hombre Dios, pontífice igual en todo á Dios mismo. ¿Puede imaginarse alguna cosa mas divina, mas digna de nuestro zelo, de nuestros respetos y de todo nuestro culto? Aquí se ve la obra maestra de la sabiduria, de la omnipotencia y de la bondad de Dios, y este es el objeto principal de toda festividad. No se debe, pues, extrañar que la Iglesia se deshaga, por decirlo así, en cánticos de alabanzas, de gratitud y de alegría, ni que los fieles participando del mismo espíritu nada omitan para contribuir en todo el mundo cristiano con su zelo y con su piedad á la magnificencia y á la solemnidad de esta fiesta. Todo el oficio de este dia tiene una relacion maravillosa con esta religiosa celebridad.

El introito de la misa tomado del salmo 80 desenvuelve desde luego todo este misterio. *Les ha alimentado, dice, con la flor del trigo, y les ha hartado con la miel de la piedra.* ¿Qué alabanzas, qué acciones de gracias, y qué bendiciones no debemos al Señor por un beneficio tan señalado, por un favor tan insigne! El mismo Jesucristo dice que él es este pan esquisito, este pan de vida que da la inmortalidad. *El que come de este pan, añade, no morirá.* ¿Qué virtud! pero ¿qué dulzura en este pan celestial! Ciertamente es alimentarnos con miel en abundancia el darnos á comer su propia carne: ella es verdaderamente la miel que sale de la piedra misteriosa, que no es otra que Jesucristo, como dice S. Pablo. Notemos que el Profeta en este salmo exhorta á los judios á que celebren debidamente las fiestas ordenadas por el Señor en memoria de sus beneficios. Hace tambien hablar al mismo Dios que por la relacion de sus gracias trata de obligar á su pueblo á que le sirva con fidelidad, y que se queja al mismo tiempo de la ingratitud de este pueblo. Pero despues de haber hecho un compendio de todas las maravillas que Dios ha hecho en su favor, concluye David el salmo por la que sola vale y pesa aun sobre todas las demás: *Les ha alimentado con la flor del trigo, y les ha hartado con la miel de la piedra.* Como si dijese,

gobernado por el espíritu profético de que estaba animado: Después de tantos prodigios hechos en favor de su pueblo, el Señor ha hecho una maravilla que pone el colmo á todos sus beneficios: esta consiste en que les ha como embriagado de dulzuras alimentándolos con el pan celestial que es el pan de vida. *Cantad con regocijo las alabanzas del Señor, que nos ha protegido siempre; celebrad con alegría la gloria del Dios de Jacob. Entonad cánticos en su honor: tomad vuestras pandeetas, vuestras arpas, y vuestros laúdes.* Nada hay que mejor convenga á la celebridad de esta fiesta.

La Epístola de la misa de este día está tomada del capítulo 11 de la primera carta del apóstol S. Pablo á los de Corinto, en la que refiere el Apóstol la institución del sacramento de la Eucaristía hecha por Jesucristo, y como la ha sabido de Jesucristo mismo. *Yo he sabido, dice, del mismo Señor lo que os he enseñado á vosotros:* Que el Señor Jesus en la noche misma en que fué entregado, tomó el pan, y dando gracias lo partió y dijo: *Tomad y comed: esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros.* No son los hombres ni aun los apóstoles, dice S. Pablo, por quienes yo he sabido lo que os he enseñado en orden á la Eucaristía; el mismo Jesucristo es el que me lo ha revelado. No omite la circunstancia del tiempo; la misma noche, dice, en que el Salvador fué entregado por uno de sus apóstoles, abandonado á sus enemigos, y tratado con la última crueldad, entonces fué cuando instituyó el divino Sacramento, la prenda mas preciosa de su amor y el testimonio mas brillante de su ternura. Este Sacramento, propiamente hablando, ha sido el testamento de este amable Padre, por el cual se da todo él mismo á sus hijos pocas horas antes de su muerte, cuando sus hijos le tratan con mas ignominia; S. Pablo descende en seguida á un pormenor muy prolijo de todo lo que pasó en la institucion de esta maravilla. Nótase que tanto este Apóstol como todos los evangelistas han cuidado de referir hasta las menores circunstancias de esta institucion. El Salvador tomó el pan. Jesucristo no pudo tomar otro pan que el sin levadura, que era el único de que era licito usar cuando se celebraba la Pascua: con razon, pues, en la Iglesia romana se consagra con pan sin levadura. Da gracias á su Padre por el poder que le ha comunicado: era esta la práctica ordinaria de Jesucristo antes de obrar ciertas maravillas extraordinarias, de las que estas acciones de gracias eran siempre como el prelude. Después, habiendo partido el pan que tenía en sus manos: *Tomad, les dice, y comed, esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros.* No dice: *Tomad y comed este pan, sino*

tomad y comed, esto es mi cuerpo; como si dijera, la sustancia que os presento bajo de estas especies, es mi cuerpo; no es ya pan. Puesto que el Verbo eterno, la verdad misma dice: Esto es mi cuerpo. Convenzámonos de ello, dice S. Juan Crisóstomo; creámosto sin que nos quede duda; mirémosto con los ojos de una fe viva. Esto es mi cuerpo; tal es la virtud y la fuerza de las palabras de la consagracion, el producir en cualidad de causa eficiente lo que espresan. Para que este género de proposiciones se verifiquen, basta solamente que la cosa que designan exista cerca de donde se pronuncian. Lo que Jesucristo tomó en sus manos no era mas que pan; pero no bien hubo pronunciado estas palabras: *Esto es mi cuerpo*, cuando toda la sustancia del pan quedó aniquilada, y no quedó otra sustancia en lo que Jesucristo daba á comer á sus apóstoles que su propio cuerpo, el mismo que dentro de algunas horas debia ser entregado á sus enemigos, harto de oprobios, azotado y crucificado. No quedaba del pan otra cosa que las apariencias, el sabor, el color, la figura, el peso, el gusto; lo que comunmente se llaman especies. Nada tenemos en el nuevo Testamento mas formal, mas preciso, ni mas marcado que la realidad del cuerpo y sangre de Jesucristo en la adorable Eucaristía. Cuantas veces se habla de este divino misterio, ya en el capítulo 6 de S. Juan, ya en todos los demás evangelistas igualmente que en S. Pablo, siempre se habla de una presencia y de una suncion real y corporal del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. El sentido de figura no se espresa en ninguna parte; por el contrario se escluye positivamente, puesto que el cuerpo que Jesucristo da á comer á sus apóstoles era el mismo, segun su palabra, que el que entregó á las ignominias de su pasion y suplicio de la cruz para rescatarnos. *Esto es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros.* Ahora bien, nadie, á no ser maniqueo, se atreveria á decir que el cuerpo del Hijo de Dios solo haya sido entregado á la muerte en figura. Desde los apóstoles hasta nuestros dias siempre ha creído toda la Iglesia que el cuerpo de Jesucristo se ha ofrecido en sacrificio real y verdaderamente, se ha distribuido á los fieles en la comunion, y está realmente presente en la Eucaristía; y nosotros no podemos hablar sobre la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento do un modo mas claro, mas formal y mas exacto, que lo han hecho los padres de los primeros siglos.

Diráseme tal vez, dice S. Ambrosio, *este pan que se nos da á comer en la comunion es del pan usual y ordinario.* Verdad es que *antes de las palabras sacramentales este pan era pan; pero después de la consagracion, en lugar del pan se contiene el cuer-*

po de Jesucristo. De esto no debe haber duda entre nosotros. ¿Pero cómo puede suceder, continúa el mismo Padre, que lo que es pan sea el cuerpo de Jesucristo? y responde: Por la consagración, que no contiene mas que las propias palabras de Jesucristo nuestro Señor; porque, añade, en todo lo que precede á la consagración, cuando el sacerdote alaba y bendice al Señor ó cuando pide por el rey y por el pueblo, habla en su nombre; pero cuando llega á la consagración, el sacerdote no habla ya en su nombre, sino que es el mismo Jesucristo el que habla por boca del sacerdote: lo que obra, pues, este sacramento, es propiamente hablando, la palabra del mismo Jesucristo; aquella palabra, digo, que ha hecho todas las cosas de nada. Ha hablado, continúa el mismo Padre, y todas las cosas han sido hechas; ha mandado, y todas han salido de la nada. Para responder ahora á la pregunta, digo, que antes de la consagración no había el cuerpo de Jesucristo, no había mas que pan ordinario; pero despues de la consagración, lo repito, no hay ya pan, sino que es el cuerpo de Jesucristo. Si S. Ambrosio hubiese tenido que responder á los protestantes de nuestros dias, ¿hubiera podido hablar de un modo mas claro y mas espreso?

San Cirilo, patriarca de Jerusalem, que vivia en el siglo iv, explicando á su pueblo las principales verdades de la religion: *La doctrina de S. Pablo*, dice, sobre el divino misterio de la Eucaristia, debe bastar para afirmar vuestra creencia en orden á este augusto Sacramento. Este grande Apóstol nos decia en la lectura que acabais de oír, que la noche misma en que el divino Salvador debia ser entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: *Tomad y comed, esto es mi cuerpo*. Y del mismo modo, tomando el cáliz, dijo: *Bebed, esto es mi sangre*. *Habiendo, pues, dicho Jesucristo del pan que habia tomado, ESTO ES MI CUERPO, ¿quién despues de esto se atreverá á concebir la menor duda? Y pues que el mismo Jesucristo ha dicho tan afirmativamente, ESTO ES MI SANGRE, ¿á quién le pasará jamás por el pensamiento el dudar de una verdad tan clara, y decir que no es realmente su sangre? Y qué, dice, ¿aquel que ha convertido el agua en vino en las bodas de Caná, no merecerá que creamos que convierte el vino en su preciosa sangre? Bajo de las especies, pues, de pan y vino, continúa el mismo Padre, nos da el Salvador su cuerpo y su sangre. De modo que nosotros llevamos verdaderamente á Jesucristo en nuestro propio cuerpo cuando recibimos el suyo. Se han abolido los panes de proposición del antiguo Testamento. Nosotros en el nuevo no tenemos mas que este pan celestial y este cáliz de salud, que santifican el alma y el*

cuerpo. Por tanto, concluye, guardaos bien de pensar que lo que veis no es mas que pan y vino. Son realmente el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Necesario, pues, es que la fe corrija la idea que os ofrecen los sentidos. Guardaos, pues, de juzgar por la vista ni por el gusto; la fe es la que os ha de hacer mirar como segura é indudable la verdad que afirma que el cuerpo y la sangre de Jesucristo es lo que recibis. Hasta aqui son palabras de S. Cirilo. Esta ha sido la fe de los primeros fieles en orden á la Eucaristia. ¿De qué espíritu, pues, ha nacido la creencia de los herejes de estos últimos tiempos? Siempre se ha creído en la Iglesia, desde los primeros dias de su nacimiento hasta nosotros, que la sustancia del pan y del vino se convierte en la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; y esto es lo que la Iglesia llama transustanciación, esto es, mudanza de sustancia; cuya maravilla se verifica por la virtud omnipotente de las palabras de Jesucristo, que pronuncia el sacerdote en nombre del Salvador. Si Dios ha podido convertir la mujer de Lot en estatua de sal, la vara de Aaron en serpiente, y el agua en vino en las bodas de Caná, decian los padres de la Iglesia cuando instruian á los nuevos bautizados para su primera comunión, ¿por qué no podrá este mismo Dios convertir el pan y el vino en su sagrado cuerpo y en su sangre preciosa en el Sacramento de la Eucaristia?

Haced esto en memoria de mí. Pronunciando estas palabras, dicen los padres, ordenó el Salvador de sacerdotes á sus apóstoles. Cuantas veces comiereis de este pan, dice Jesucristo, y bebiereis de este cáliz, esto es, de lo que se contiene en este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que él venga. No diferenciándose el sacrificio inerte de Jesucristo mas que en cuanto á la manera del sacrificio sangriento del mismo Salvador, debe recordar muy particularmente en el espíritu de los que participan de él la memoria de la muerte de Jesucristo. Por estas palabras: *hasta que venga*, nos indica S. Pablo que el sacramento de la Eucaristia durará hasta el fin del mundo.

Cualquiera, pues, que comiere de este pan, ó bebiere de este cáliz indignamente, dice el santo Apóstol, *se hará reo de crimen contra el cuerpo y la sangre de Jesucristo*; esto es, el que hiciere una comunión sacrilega no será menos criminal que si hubiese quitado la vida á Jesucristo, y hubiese derramado su sangre. Nada prueba mas demostrativamente la presencia real del cuerpo y de la sangre de Jesucristo que esta espresion del Apóstol, así como tambien por ella se manifiesta que, segun el mis-

mo S. Pablo, es permitido el comulgar bajo de una sola especie. Si el crimen de los judíos que derramaron la sangre de Jesucristo nos causa horror, el de los cristianos que la profanan con sus comuniones sacrilegas no debe causarnos menos. No es un sacrificio lo que ellos ofrecen, dice S. Juan Crisóstomo, cometen un asesinato; no toman un alimento, sino un veneno. *Porque aquel que come y que bebe indignamente, come y bebe su condenacion por no discernir el cuerpo del Señor*: quiere decir, que tiene en sí mismo la prueba visible de su crimen; su proceso, por decirlo así, está ya todo instruido. Este divino Salvador es su juez; este pan de vida es el decreto de su muerte. Sacrilegio, traicion, negra ingratitud, hipocresia que clama al cielo; ¡qué de crímenes, buen Dios, en una sola comunión hecha indignamente! ¿Y qué efectos puede producir? El endurecimiento, sin duda, y ordinariamente la impenitencia final.

Como el Evangelio de la misa de este día es el mismo que el día de la octava, para no hacer demasiado larga la historia de esta festividad, se traslada su esplicacion á este último día.

HIMNO PANGE LINGUA GLORIOSI, etc.

Véase el *Jueves Santo*, tomo tercero de *Dominicas*, pág. 224.

HIMNO.—STO. TOMAS DE AQUINO.

Sacris solemnibus	A estas solemnidades tan sagradas
Juncta sint gaudia,	Corresponda el placer y la alegría;
Et ex præcordiis	Suenen las alabanzas publicadas,
Sonent preconia;	Que á la voz generoso el pecho envía;
Recedant vetera;	Huyan las cosas viejas ya veloces;
Nova sint omnia;	Sea nuevo ya todo en este día,
Concorda, voces et opera.	El corazón, las obras, y las voces.
Noctis recolitur	Hoy hacemos recuerdo y fiel memoria
Cæna novissima,	De aquella Cena mística, ó figura,
Qua Christus creditur	En que Cristo, Rey sumo de la gloria,
Agnum et azyma	El Cordero y el pan sin levadura
Dedisse fratribus,	Dió, conforme á la ley, á sus hermanos (*);
Juxta legitima	Pues así lo ordenaba la Escritura
Præcis indulta patribus.	Revelada por Dios á los Ancianos.
Post Agnum typicum,	Después de este Cordero misterioso
Expletis epulis,	El banquete legal ya concluido,
Corpus Dominicum	Su Cuerpo á los discípulos piadoso
Datum discipulis,	Dió en sagrado manjar, bien entendido,

(*) A los Apóstoles, á quienes (y á nosotros en ellos) hizo sus hermanos el misericordioso Dios y Redentor Jesús.

Sic totum omnibus	Que, dando todo á todos con sus manos,
Quod totum singulis	Todo de cada cual fué recibido:
Ejus fatemur manibus.	Así lo confesamos los Cristianos.
Dedit fragilibus	Como á frágiles, flacos, desvalidos
Corporis ferculum;	Su Cuerpo, liberal, les dió en comida;
Dedit et tristibus	Y como á tristes, pobres y afligidos
Sanguinis poculum,	Su Sangre sacrosanta dió en bebida,
Dicens: Accipite	Diciendo: Recibid la mas preciosa
Quod trado vasculum,	Prenda del Caliz santo de la vida;
Omnes ex eo bibite.	Bebed todos mi Sangre generosa.
Sic sacrificium	Así fué el Sacrificio celebrado,
Istud instituit,	Y por el mismo Cristo instituido,
Cujus officium	Cuyo oficio tan alto y elevado
Committi voluit	Es á los Sacerdotes cometido,
Solis presbyteris,	A quienes pertenece solamente
Quibus sic congruit	Sumirle con respeto el mas rendido,
Ut sumant et dent cæteris.	Y repartirle al pueblo dignamente.
Panis angelicus	El que es Pan de los Angeles hermoso
Fit panis hominum;	Se hace ya de los hombres alimento;
Dat Panis cælicus	Este Pan celestial y prodigioso
Figuris terminum:	Da á la sombra y figura cumplimiento.
O res mirabilis,	¡O admirable piedad! ¡oh maravilla!
Manducat Dominum	Pues recibe tan alto Sacramento
Pauper, servus et humilis.	El pobrecillo, el siervo, el que se humilla.
Te Trina Deitas,	A ti, Dios Trino y Uno, reverentes
Unaque poscimus,	Con afectos humildes te rogamos,
Sic nos tu visita,	Ilustres con tus luces refulgentes
Sicut te colimus:	A los que tan rendidos te adoramos:
Per tuas semitas	Y por tus sendas rectas y caminos
Duc nos quo tendimus,	Guianos á la luz, adonde vamos,
Ad lucem quam inhabitas.	Pues habitas sus rayos tan divinos.
Amen.	Amen.

HIMNO.—STO. TOMAS DE AQUINO.

Verbum supernum prodiens,	Saliendo el Verbo eterno y no de-
Nec Patris linquens dexteram,	jando
Ad opus suum exiens,	La diestra de su Padre, tan divino
Venit at vite vesperam.	A su obra presuroso caminando,
	Al término llegó de su destino (*).
In mortem á discipulo	Antes que el vil discípulo alevoso (**)
Suis tradendus æmulis,	Le entregase á la muerte deicida,
Prius in vite ferculo	A sus propios discípulos piadoso
Se tradidit discipulis.	En sustento se dió de eterna vida.

(*) A su Pasión sacrosanta.

(**) Judas, el traidor.